

Enrique Pavón Pereyra, biógrafo de Perón, Director fundador de la Biblioteca Nacional en 1991, se fue a los 82 años, por un accidente cerebro-vascular, ocurrido el 9 de enero de 2004. Había nacido el 2 de abril de 1921 en la provincia de Santiago del Estero.

Hombre humilde, prominente figura del Peronismo, supo mantener siempre un perfil bajo, aunque recibía permanentemente llamadas telefónicas importantes del extranjero y era invitado por el gobernador Felipe Solá o el intendente Julio Alak a participar de algún homenaje, al que asistía, tomándose el tren a La Plata desde Constitución a pesar de su avanzada edad.

Siempre recuerdo que Enrique, alto, imponente, de una oratoria excelsa aparecía aún como más grande a los ojos del circunstancial auditorio.

Había conocido a Perón, recién recibido de Historiador, ordenando los libros de la Biblioteca del Ministerio de Defensa, del gobierno de la revolución de 1943.

Allí se presentó un día gente allegada al coronel Perón, solicitando un despacho amplio y luminoso para que aquel pudiera trabajar.

Los empleados de la cartera se hacían los distraídos y ocupaban sus escritorios de una manera conservadora, absoluta, mezquina, como si fueran propiedad privada; no cedían nada.

Y así fue hasta que esos allegados peronistas se toparon con un Pavón Pereyra de 20 años, con su buena voluntad y su humildad habitual. Él les cedió parte de su espacio de la Biblioteca para que Perón pudiera instalarse.

“Si me dan un par de horas y alguno que me ayude, mudo mis libros a cualquier habitación del sótano, aunque sería bueno que tuviera una lamparita ya que debo escribir”, les dijo Enrique, satisfecho.

Al rato de la mudanza se apareció en persona el Coronel Perón para saludarlo y agradecerle personalmente su gesto.

“¿Y a que se dedica Usted?” le preguntó el Gran Conductor.

“Bueno, estudié para historiador y mi tarea es armar la biblioteca del Ministerio”, contestó el interrogado.

Entonces Perón, grandioso, le sentenció: “Por su buena voluntad, desde ahora usted será mi biógrafo personal”. Y allí estuvo Enrique Pavón Pereyra los siguientes 40 años. En el gobierno, en el exilio, viviendo con el General en Puerta de Hierro y también en el anhelado retorno.

A simple vista, parecía un momento temprano de Perón para tener un biógrafo, pero hay que recordar que Juan Domingo, a la edad de 6 años, solía saludar a los soldados en los desfiles, uno a uno, presentándose y agregando: “Recuerde mi nombre, me llamo Juan Domingo Perón y nos volveremos a ver, cuándo yo sea Presidente de la Nación”.

Don Enrique a los cuarenta se casó con Charito, una bella morena de 20 años, hija de Lala García Marín, una histórica militante de la Resistencia Peronista. Tuvieron dos hijos, Enriqueito que me privilegia con su amistad y Valeria.

Pavón Pereyra fue una persona muy especial, con una gran alma de niño, por momentos sólido y majestuoso, por momentos frágil y descarnado.

Tengo dos sabrosas anécdotas al respecto.

La primera. Una tarde en esas horas en que la luz se despide hasta el día siguiente, una colaboradora lo encontró escribiendo en su despacho rodeado de velas encendidas. La pregunta obligada fue: “¿Por qué con velas Pavón?”.

La respuesta: “Es que se me quemó la bombita de luz y no sé cómo se cambia”, confesaba Enrique, totalmente ajeno a las cuestiones terrenas.

La segunda anécdota ocurrió en la Biblioteca Nacional. (Recuerdo de paso, agradecido, que yo entré a trabajar a la misma gracias a Enrique que me conocía por haber leído mi primer libro “Documentos de la Resistencia Peronista”).

Bueno, luego de una investigación que nos llevó alrededor de 45 días, cuatro empleados del Estado bajo la égida de Pavón Pereyra y el subdirector Oscar González, conformamos la normativa definitiva que ponía en funciones el Departamento de Canje Internacional entre nosotros y renombradas bibliotecas nacionales de otros países (fue en el año 1993); un logro deseado y postergado por que el último antecedente en la materia debía remontarse a la gestión de Gustavo Adolfo Martínez Zuviría que concluyó en 1955.

Elevada esa normativa a decreto interno se organizó un pequeño acto en el propio despacho del Director (Enrique) quien estaba rodeado de funcionarios de la Secretaría de Cultura. Todo muy ceremonioso y protocolar. Cuando finalizó el acto Enrique se acercó y me dijo por lo bajo, que me quedara con los otros tres empleados. Se fueron todos, y ya solos nos invitó a sentarnos en semicírculo alrededor de su despacho y de la nada sacó un voluminoso paquete que contenía dos docenas de empanadas santiagueñas que él mismo había conseguido. Nos miró con ojos cómplices y nos dijo: “¡A comer muchachos antes de que se enfríen!”.

Unos colaboradores suyos recuerdan el día en que Pavón Pereyra terminó su mandato al frente de la Biblioteca Nacional. Salió a la calle para volverse a su casa y se dio cuenta que no tenía dinero para tomar un taxi.

“Nosotros lo llevamos, Enrique” dijeron asombrados.

Este hombre sin igual, vivió siempre en la casa que le compró a sus padres para que allí vivieran –en el barrio porteño de Constitución- producto de los derechos de autor de este libro que hoy comentamos. Y allí falleció. Esa fue toda su fortuna.

Era un hombre honesto. Un funcionario probo. Como ha habido muchos en el peronismo: intelectuales como Fermín Chávez, José María Castiñeira de Dios, Horacio Guglielmino, José María Rosa. Sindicalistas como Armando Cabo, Sebastián Borro, José Gregorio Espejo, Manuel Evaristo Reyno, entre tantos otros.

En la Biblioteca Nacional conocí a una compañera de trabajo que se llamaba, se llama, Adriana Reydo. Hija del compañero Raúl Jorge Reydo, presidente de la Juventud Peronista de Ensenada y delegado gremial petrolero en YPF, secuestrado-desaparecido por la última dictadura cívico-militar.

Ella cuenta: “Cuando Pavón se enteró de la desaparición de mi papá y obviamente de que yo era su hija, me llevó a trabajar con él. Me quiso tener ahí a su lado para poder protegerme. Y cambió gran parte de mi pensamiento y de mi percepción acerca de Perón y Evita; ya que me hizo pasar a máquina las mil y pico de cartas de Perón y otras de Eva. Y aprendí cuan parecidos eran los dos, evidentemente, por el cariz de sus historias personales. Evita por la relación conflictiva con su padre, Perón a raíz de su mamá india que venía de un pueblo originario”. Ambos discriminados por la sociedad de entonces.

Cuando murió Enrique lo envolvieron en una bandera argentina. Por patriota, qué duda cabe. Y los presentes (entre los que estaba nuestro querido compañero cineasta y cantor, Leonardo Favio) en el último adiós cantaron “a capella” la Marcha Peronista para despedir sus restos.

A posteriori se escucha un “¡Viva la Patria!”. “Viva” responden amigos y familiares.

Otros: “Enrique Pavón Pereyra”, aclaman. “¡Presente!” contestan varias voces y se alzan los brazos haciendo la V de la victoria con los dedos de una mano.

Y todos a coro: “¡Hasta la Victoria, Maestro de Maestros. Compañero!”

Roberto Baschetti

10 de octubre de 2018.

(Partes de su conferencia dada en el Partido Justicialista. Sede Capital)

Prof. Enrique Mario Pavón Pereyra

HISTORIOGRAFO

Mi muy querido amigo y leal
colaborador:

Dos líneas que traduceen mi
reconocimiento y mi gratitud por
C. I. B. I. N. A., que vale un Perú
y justifica cuanto vale.

Los recortes periodísticos
sobre Perón no los tenía, y me
han sido insustituibles.

Gracias al equipo y los
investigadores de la B. Nacional
merecen mi recuerdo. Lo haré
en la Introducción de las
«Obras completas de Perón»

Un abrazo entrañable de su amigo
Enrique Pereyra

Av. Caseros 941 - Piso 3 F - Tel. 4304-1830

Una esquila que me envió oportunamente el Profesor Enrique Pavón Pereyra cuando estábamos enfrascados en una investigación que cubriera las obras completas de Perón.